

más útil, de determinar las modalidades y los grados en los que las organizaciones regionales son compatibles o no con las organizaciones mundiales de máximo nivel y con su búsqueda ideal de la igualdad no sólo jurídica sino jurídico-política entre los Estados grandes y pequeños.

Falk, autor del prefacio, señala que el regionalismo es benéfico para el orden mundial en cuanto no daña a la autoridad o poder regulador de organizaciones más amplias, como la Organización de las Naciones Unidas.

El libro tiende a establecer una nueva teoría de la organización internacional; muestra cuáles fueron las fuerzas regionales y universales que propiciaron el establecimiento de la Organización de las Naciones Unidas; hace una discriminación de las cláusulas regionales y universales de su Carta, y señala cómo con la guerra fría surge lo que la autora llama el regionalismo incompatible y las manifestaciones concretas del mismo en la solución pacífica de las disputas y la adopción de una acción capaz de hacer vigentes ciertas decisiones en el nivel regional.

La autora utiliza unos diagramas convincentes que muestran el contraste entre el regionalismo compatible con el universalismo, manifiesto en el articulado de 1945, y las acciones reales de 1965 —por ejemplo— que muestran la existencia de un regionalismo incompatible. También utiliza presentaciones textuales a dos columnas, para establecer contrastes y relaciones entre el regionalismo compatible y el incompatible; un método favorecido especialmente en nuestro medio por Jorge Martínez Ríos, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas.

La referencia de Minerva Etzioni es, fundamentalmente, la Organización de Estados Americanos, lo cual no daña la posibilidad de tomar sus observaciones a título de hipótesis por probar en relación con otras realidades regionales de fuera de América y de uno u otro lado del mundo. Su base informativa es ricamente documental y bien aprovechada, tanto más que su libro es breve, de pequeño formato, revelador de las capacidades sintetizadoras de la autora.

Es una lástima que el dominio de las relaciones internacionales no sea nuestro actual terreno de interés y observación,

pues ello nos impide hacer de este libro la glosa detallada que merece. Compensemos en algo esta falta, deseando a la autora que guarde en el futuro la promesa de frutos valiosos que con esta obra suya, primera o de las primeras, nos deja empeñada.

Oscar Uribe Villegas

Alfredo Poviña: *La integración regional y el municipio*. Córdoba (Argentina), 1969, 156 pp.

El doctor Alfredo Poviña nos entrega una obra que se nutre de una larga práctica sociológica; que se proyecta hacia los campos más modernos de la sociología del desenvolvimiento y de la regionalización, y que —nota importantísima— concreta y busca sus soluciones en el estudio y en la renovación de una institución de recia estirpe hispana (e hispanoamericana): el municipio, concreción socio-jurídica necesitada de saneamiento, pero capaz de dar perspectivas alentadoras a la problemática socio-política de hoy.

Poviña —con una orientación humanista ineludible para el sociólogo auténtico— busca, fundamentalmente, un desenvolvimiento que lo sea “para el hombre”: que lo sirva y no lo esclavice. Piensa que el mismo sólo puede lograrse mediante un atento y riguroso estudio sociológico y que si esto no ha de perderse en generalidades vacuas (en panaceas y quimeras), debe tomar como nivel medio —desde el cual remontarse o descender a otros— el de la región. En efecto, si bien “desarrollo” humano no puede haberlo sino mundial, y “desarrollo benéfico” para el hombre de carne y hueso no puede existir sino en la comunidad, es la región: arista en la que se entrecruzan las acciones que promueven originalmente a los individuos y que se proyectan hacia la especie, y las que pensadas en función de la especie, acaban por beneficiar a los individuos.

Lo que Poviña entiende —además— desde su perspectiva hispánica, es que el municipio puede convertirle en el polo de la integración regional; en un polo que no depauperará lo humano concreto. Y hay, en ese pensamiento suyo, un tra-

sunto de tradiciones más antiguas, pero no menos ricas: las clásicas, las de la *polis* o ciudad-Estado griega, que concebían la unidad estatal en términos —simultáneos— de delimitación urbana, y que, con el Platón de *La República*, habrían de señalar el peligro de que en la desmesura sucumbieran: primero, la urbe; después, el Estado (como lo estamos viendo hoy, en nuestras megalópolis y Estados elefantiásicos). Nada de extraño tiene —así— que uno de los capítulos centrales del libro se refiera a “el municipio, su estructura y función”, y que en él hable de la posibilidad de estructurar “una ciencia general del municipio”.

Tampoco puede extrañar que el profesor Poviña recoja, en términos de regionalización, una diferenciación del ámbito sociológico latinoamericano en diferentes “unidades inteligibles”, que utilice —para ello— datos estadísticos más numerosos que los de sus obras anteriores, y que haga —también— una diferenciación de la realidad sociológica argentina.

Pero, si bien no podemos dejar de señalar estos ángulos primordiales del trabajo del profesor Poviña, tenemos que dejar su examen atento a otros reseñadores, más interesados, más capacitados que nosotros: a especialistas en problemas municipales (como Moisés Ochoa Campos) o de regionalización y creación de polos de crecimiento (como Jean Casimir), para reducirnos —por nuestra parte— a señalar algunos aspectos sociolingüísticos de la obra, muy particularmente los que se refieren a los “indicadores lingüísticos” del regionalismo argentino. En este campo —también— sus anotaciones son importantes.

De la exposición de Poviña se desprende que la lengua adquiere modalidades propias en el habla de una región, y proporciona, a través de ellas —en sus aspectos segmentales y suprasegmentales— un indicador de una realidad social importante: el regionalismo.

La región, desde el ángulo sociológico, es —para el enfoque de Poviña— un agrupamiento estructural, integrado por elementos como el espacio geográfico, la estructura económica y el estilo de vida, unificados en ella y manifiestos en su “homogeneidad, semejanza y comunidad”.

La base de la región es, según el sociólogo argentino, de carácter ecológico; su unificación interna se logra a través de la vigencia de ciertas pautas de comportamiento, y su diferenciación (respecto de otras regiones) por la discontinuidad espacial, la diversificación ecológica o la vigencia de pautas diversas de comportamiento. Sicosocialmente, la existencia de una región se manifiesta en la conciencia regional respectiva.

Frente a la región son posibles dos enfoques: el racional —que reconoce su existencia— y el valorativo —que la pondera o la promueve—, los cuales concretan en la regionalización, por una parte, y en el regionalismo por otra, y que —sin ser paralelos exactos de cada uno de ellos— evocan el nacionalismo y el nacionalismo de las distinciones sociolingüísticas de Fishman.

En la región encuentra Poviña un proceso que originalmente es espontáneo; que después se orienta en el sentido del desenvolvimiento comunitario dentro de la sociedad global y que logra éxito cabal en el momento en que permite la máxima adecuación (nosotros diríamos “la óptima adecuación *dinámica*”) entre el individuo y su medio, patente en el *homo regionalis*.

Poviña reconoce la existencia de dos niveles de regionalización y regionalismo: uno infra y otro supra estatal; uno inferior y otro superior a las sociedades globales que son evidentes para quien estudia, particularmente la realidad latinoamericana, amplia región en términos internacionales, formada por subregiones o unidades inteligibles (unas veces Estados-nación y otras no) dentro de las que es posible reconocer regiones colocadas por debajo del nivel del Estado-nación o de la sociedad global.

Así, Argentina está formada por diversas regiones. En ellas se da, también en diversidad de grados, un cierto regionalismo, y esas diversas regiones argentinas tienen —además— un componente lingüístico y un indicador entonacional.

En efecto, conforme señala el autor, por su habla, Argentina puede ser dividida a *grosso modo* (pues aún habría que hacer finos estudios de geografía lingüística): en una región porteña, una nordestina,

una noroestiana, una cuyana, una central y una cordillerana. A más de su distinta ubicación, estas regiones muestran diferencias en su composición étnica, pues hay: inmigrantes italianos en una, importante población guaraní en otra, quichua en la siguiente, araucana en la cuyana, de comechingones y sanavironas en la central y de patagones y araucanos en la cordillerana.

Poviña se apoya en el estudio de Berta Elena Vidal de Battini (*El Español en la Argentina*) para diferenciar lingüísticamente esas regiones y encontrar: una conjunción del habla tradicional española con expresiones italianas en proceso de acomodamiento, en el litoral; de uso intenso de voces guaraníes, usos extraños de las preposiciones castellanas y sintagmas inusitados en la guaraní (o de "español aparaguayado"); de influencias "collas" en la noroestiana; de purismo español e influencia chilena en la cuyana; de influencia quichua considerable en el norte de la central; de débiles contactos e interacciones sociolingüísticos en la región patagónica, donde ni los indios se castellanizaron ni el castellano recibió tantas influencias de sus lenguas como las que recogió —en otros sitios— de las lenguas quichua y guaraní.

A más de esas influencias (de filiación imediata), otras (de más difícil identificación y comprobación) han producido diferenciaciones en los patrones de pronunciación del castellano en las distintas regiones argentinas.

En último término, hay un indicador regional lingüístico: la "tonada" (si hemos de emplear el argentinismo), el "patrón de entonación" (si hemos de usar el tecnicismo lingüístico).

En la "tonada" encuentra Poviña los caracteres propios de lo social, pues: es colectiva, tiene mayor vigencia en los estratos más naturales (niños, campesinos, iletrados), es "de origen mostrenco", de contacto imitativo y con diferencias que son observables objetivamente.

En Argentina —como en México, según Henríquez Ureña— las "tonadas" regionales se han explicado por la influencia de la lengua indígena predominante en cada región (substrato) a la que habría que agregar la alienígena (piénsese la que

en el castellano de Buenos Aires puede tener el italiano de los inmigrantes, en función de adstrato). Poviña argumenta en contra; pero nos parece que su razonamiento no quita validez a la explicación sobre el posible —no necesariamente único— origen de la diferenciación entonacional, sino que añade a la vieja hipótesis una nueva, sobre el mantenimiento y no ya sobre la procedencia social de la "tonada".

En efecto, una vez que la "tonada" aparece —por una o por otra causa— "se da un contagio colectivo; una costumbre de hablar común, que se adquiere por imitación, viviendo en el mismo medio" y que —después— cuando se gana conciencia de ello, sirve de símbolo de identificación voluntaria del individuo con su región, como ocurre con el tucumano que regresa a Tucumán "a refrescar la tonada", porque aun en Buenos Aires quiere mostrarse como distinto del porteño, como tucumano, por su modo de hablar.

Poviña parece debilitar un tanto su distinción de seis regiones argentinas cuando habla sólo de cinco "tonadas" diferentes (porteña o litoral, correntina o aparaguayada, noroestiana, cuyana y acorobesada), y en tanto muestra que dentro de una misma región (la porteña) hay que reconocer una variante entonacional que, en su origen, corresponde al habla "lunfarda". Como entenderá fácilmente quien se ocupe con problemas de indicadores sociales, de lo que se trata —y esto da la razón al autor— no es de encontrar un indicador que por sí solo sea capaz de dar cuenta de la realidad compleja que es la región, sino de usar uno que, unido a otros, nos dé pistas para identificarla antes de que podamos estudiarla con la profundidad requerida (o sea, ya no a base de indicadores discontinuos, discretos, o incluso entrelazados pero diferentes, sino de estructuras conexas, dinámicas y orientadas telecológicamente).

Sociólogo de nombre ilustre, Poviña muestra —con esta obra— su juventud mental; su disposición para realizar nuevas tareas con nuevos y viejos implementos, pero siempre al servicio de una disciplina a la que ha consagrado vida y talento.